


# Crónicas del asombro

## Expulsar la piedra

MÓNICA LAVÍN

 Ana García Bergua,  
*Isla de bobos*,  
Seix Barral, México, 2007.

Los pájaros bobos son aves palmípedas del orden de los *Pelecánidos*, de tamaño mediano a grande. Cazan buceando en el mar. Tienen alas largas y a menudo los pies coloreados. Su carne es mala por el gusto a marisco que conserva, y su voz ronca y parecida a la de la Corúa. La mandíbula superior termina en gancho corto y agudo y la inferior sostiene una amplia bolsa formada por la piel, desprovista de plumas. Anida en las costas, y por su poca habilidad para andar y volar se deja coger fácilmente. El nombre de Pájaro Bobo que le dan algunos se debe a esto. (*Wikipedia*.)

Ana García Bergua titula su novela más reciente *Isla de bobos*, y hace alusión a lo ocurrido en la Isla de Clipperton o Isla de la Pasión —alguna vez mexicana y ahora francesa, antes española y brevemente norteamericana, un atolón de seis kilómetros cuadrados, absurdamente codiciado para la extracción de guano, como base militar o para realizar pruebas nucleares, que se encuentra a mil cien kilómetros de la costa mexicana—, donde un grupo de militares mexicanos fue destacado en los últimos años del gobierno de Díaz para salvaguardar ese reducto de la patria y compartirlo con unos cuantos ingleses de la Compañía Británica de las Islas del Pacífico, que extraían guano de pájaros bobos, útil como fertilizante.

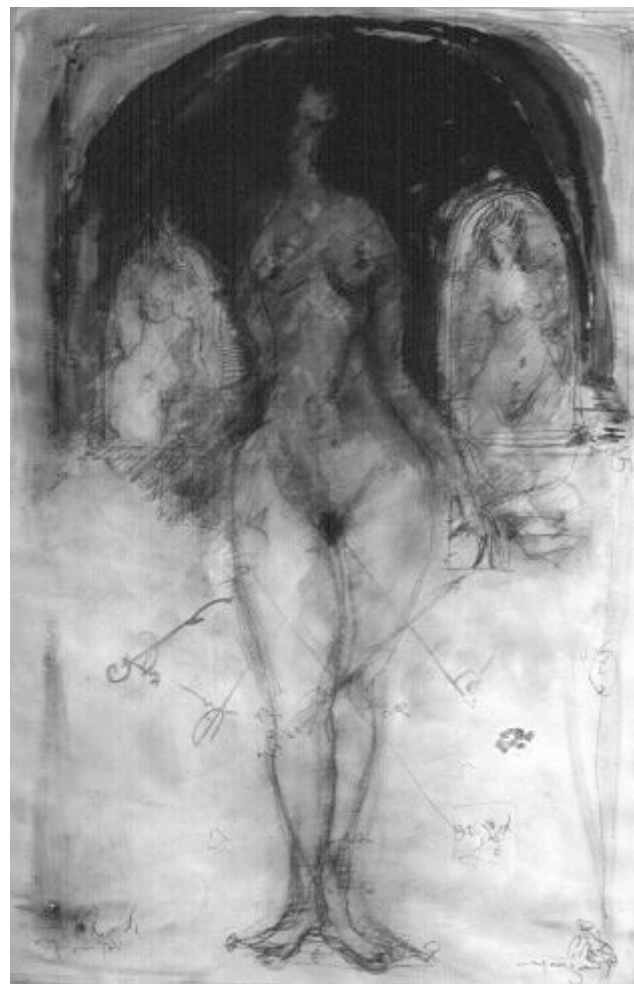
Este paraje y breve estación de la historia de México; esta tragedia del sueño patrio, del deber conyugal y familiar, de la búsqueda de heroísmo, del sacrificio que exige el honor; este despropósito ha sido visitado por varios autores porque el abandono en una isla de rocas y guano, la incertidumbre, el ser víctima de una transición histórica de poderes, naufragar, morir, sobrevivir, todos éstos son temas intensos de la condición humana.

Tocada también por esa tragedia marina ocurrida en los 10° 18' N, 109° 13' W, en el Océano Pacífico, lejos del hombre y desde luego de la mano de Dios, Ana García Bergua hace una espléndida construcción, basada en hechos reales pero atendiendo al drama humano, a los detalles cotidianos y precisos, porque se viste de la piel y de los ojos de sus personajes para arrastrarnos mar adentro y devolvernos a tierra sin duda conmovidos. Resistiendo la tentación de contar la historia desde la isla misma —sin duda fascinante disparador de las actitudes y los comportamientos en condiciones extremas que utilizaron William Golding en *El señor de las moscas* y Daniel Defoe en *Robinson Crusoe*—, la autora hace de la isla futuro, presente y pasado de los personajes, un espejo para mirar nuestra ingenuidad y nuestra capacidad de abandono. Constituye la trama un tejido en dos sentidos: mientras, por una parte, el capitán Raúl Soulier decide su destino desde la provincia donde su familia posee una botica, ingresa al ejército, deserta momentáneamente en la Ciudad de México, en brazos de una madame toda potingues que resulta asfixiante, contrae matrimonio con la encantadora Luisa, cuando ya es oficial, y atiende esa misión —no la que a él le gustaría, sino la que le toca asumir de inmediato cuando es nombrado capitán: salvaguardar ese territorio mexicano en el mar, esa Isla de Bobos—, en sentido inverso, Ana García Bergua teje la historia del retorno a tierras continentales de Luisa, junto con las demás mujeres y los niños, desde que son rescatados por un barco norteamericano —enflaquecidas, los niños enfermos, el farero asesinado. Esto, después de que el capitán Soulier rechazara el rescate de un barco norteamericano durante la ocupación, cuando Díaz ya ha salido del país, pues ni Soulier ni su mujer ni nadie debían ir en un barco enemigo; después de que otro barco fuera avistado a la distancia y los hombres intentaran remar hasta él pero murieran en el intento; después de que las mujeres y los niños se quedaron solos, comiendo la carne de los pájaros bobos, intentando no morir, intentando conservar la esperanza y acabar con el farero, el negro que ya ha violado y matado a algunas de ellas.

La autora desgana los hechos lentamente, porque primero es tocar tierra y saberse frágiles, viudas, madres de huérfanos, con necesidad y justo deseo de que el nuevo gobierno reconozca su misión, el agravio de su abandono, el cese de los suministros que llegaban cada tantos meses, y puedan devengar una pensión que les devuelva la dignidad, que no la salud ni a los muertos ni a sus hijos, que morirán después por secuelas, y que en vez de ello no pretenda acusarlas de homicidio, porque si no han matado al negro —que es lo que más les interesa a todos— el negro las habría matado a todas.

El tiempo que va hacia el destino en la isla, en voz del capitán Soulier, y el tiempo de regreso a través de un narrador que acompaña a Luisa —la mujer de Soulier—, Esperanza y Martina, se encuentran en un solo punto: el despropósito. Esto es, atarse a valores del siglo XIX, del que recién han salido México y los personajes de la novela —el honor, la patria—, pues tanto Soulier se sacrifica por ella, porque “la patria es una madre muy exigente, una amante insaciable, una esposa que exige con sangre la devoción”, como Luisa se sacrifica por el heroísmo de su marido: “Si nos sacrificó a nosotros fue por la patria, que es más grande y está más cerca de Dios que unas mujeres y unos niños. A ver si la patria restituía algo de ese sacrificio”. El deber por encima de la vida misma es el que mueve a Soulier y a Luisa su mujer. Por eso Raúl logra expulsar una piedra que se le ha formado en el riñón, una piedra que, le señala a Luisa, tiene la forma de la isla, de ese peñasco rocoso que es su morada, su trabajo, su absurda y lejana condena. Pero en la isla se iza la bandera todos los días, el barco llega cada tanto trayendo víveres, las mujeres educan a los niños hasta que el primer barco ya no llega y sin él, sin la certeza de que volverá algún día, los habitantes de la isla comienzan a parecerse a los pájaros que la habitan y de los que se alimentan. Empiezan —a su pesar y por más que intentan aferrarse a las formas de la civilización, a su dosis de humanidad— a exhibir su animalidad, su descarnado deseo de sobrevivir por encima de todo, porque por desgracia carecen de la inconsciencia que iguala la felicidad de los pájaros a la de los niños.

Ésta no es una novela testimonial ni documental: los nombres de los personajes, los barcos, la isla, son otros. La autora se da así la libertad de imaginar; toma como punto de partida un hecho real para ahondar en las contradicciones, destellos y abismos de los personajes y la historia. Allí reside la fuerza del libro: en la capacidad de García Bergua de meterse bajo la piel de sus personajes y ofrecernos a través de sus ojos la tierra de origen, la tierra del destino, la tierra del regreso. La tierra y el abismo. Punto de vista,



atención al detalle escenográfico, al vestuario, todo lo que arropa los sueños y la desgracia humana aunado a una prosa elegante, dulce, precisa, hacen de *Isla de bobos* una lectura entrañable. No se puede olvidar, por ejemplo, el momento en que Luisa, una vez rescatada por el barco norteamericano, baila con el capitán Scott en el pequeño festejo que ofrecen a bordo, y a pesar de sus carnes magras, de su vestido percutido y los grandes zapatones, hay una presunción necesaria y un halago a la vanidad vital. No se puede olvidar tampoco esa relación que se teje en la isla entre el Sr. Schubert, que trabaja para la compañía inglesa y un día comienza a perder la cabeza, y Esperanza, la mujer que se encarga de los niños de los Soulier.

La gracia salpica esta tragedia porque es rasgo peculiar y gozoso del estilo de Ana García Bergua llevarnos a observar lo que ocurre de modo que uno pueda sonreír; no es la carcajada abierta, es una sonrisa de complicidad. Sobre todo antes de que la tragedia empañe las distintas ilusiones de los recién esposados, de los recién enviados a gobernar un minúsculo territorio de piedra y pájaros. Sin duda, Ana lleva de la mano a sus lectores, sea por los pasillos del palacio municipal para pedir a Carranza ayuda para

las viudas, sea en la cubierta de un barco que empieza a ser tierra y esperanza después del abandono y del asesinato en la isla, sea por las calles del pueblo donde las muchachas codician a Raúl Soulier, o por los campos de entrenamiento militar, o por la vereda que conduce al faro que habita un negro solitario y enfebrecido.

*Isla de bobos*, una metáfora de la condición humana: los Soulier y su gente víctimas de sus principios, de su ingenuidad, de su mirada decimonónica, y víctimas de la historia. Tan fáciles de atrapar como los pájaros bobos cuya carne sabe a mariscos, cuyas patas son azules y cuyo destino de su-



pervivencia no les permite mirar más allá porque son poco aptas para caminar y volar.

*Isla de bobos* porque los seres humanos padecemos de esa ingenuidad que nos hermana con los palmípedos. Así escribe Luisa cuando deniega la propuesta matrimonial del capitán Scott, para seguirse sacrificando por la patria, que es marido muerto inútilmente por ella: “Los seres humanos somos muy ingenuos, ésa es una conclusión a la que he llegado después de todo este tiempo”. La desgracia de Raúl y Luisa es la nuestra, car-

gamos como el farero enloquecido la piedra a la que estamos condenados porque, ¿acaso alguien puede sobrevivir la falta de pertenencia, el exilio y el desamparo? ¿Es la idea del exilio, origen de la familia García Bergua, la que subyace en el deseo de escribir esta historia?

El epígrafe de Ales Steger que anticipa la lectura de la novela no podía ser más adecuado: “Lo que guardas dentro de ti no lo oye nadie. Eres el único habitante de tu piedra. Acabas de tirarla”. Por eso el capitán Soulier orina una isla en la que morirá; por eso Luisa, una vez rescatada y a pesar de que ve la isla desaparecer en el horizonte, la ve emerger en medio de su cabeza. ¿O será que su destino lo lleva en el nombre Luisa Roca? Para romper ese silencio, para tocar esa piedra que habitan y llevan dentro (que habitamos y llevamos dentro) los personajes de *Isla de bobos*, para darnos cuenta de que no hay manera de tirarla, para que el que esté libre de culpa tire la última piedra, Ana García Bergua ha escrito y nos ha seducido con *Isla de bobos*. ~

Por encima de cualquier referente a la cultura formal, la moda es una clave fundamental que nos permite identificar a una generación. Cada generación se reconoce no tanto en sus más destacados científicos, intelectuales y filósofos, sino en el uso específico que hace del lenguaje, de la música, del juego, del ocio. Una generación es, predominantemente, una manera específica de perder el tiempo.

En la mía se inició una práctica por demás humillante y sintomática: la de implorar a un “cadenero” (esto es, al portero de una “disco”) el acceso a ese espacio de socialización, diversión y pertenencia. El portero se convertía así en una especie de celador inverso cuya precaria manera de ejercer el poder consistía en definir quién tenía derecho de ingresar a dicho “club privado”, quién debía esperar para hacerlo y a quién, aunque lo suplicara encarecidamente, se le negaba el acceso. Las decisiones del portero, en la medida en que intuían la identidad de una generación, moldeaban el futuro de un establecimiento, aunque también influían, tal vez sin saberlo, en la pertenencia a un grupo y en la definición de un sentido del gusto, esto es, en una moda.

Más allá de lo mucho que esta práctica revela sobre la manera —consumista, estratificada, aspiracional— con la que optamos entonces moldear la sociedad, la figura misma del cadenero no deja de ser interesante.

El hombre tenía que mediar intuitivamente entre la oferta y la demanda de un lugar para delimitar su posicionamiento, pero, sobre todo, definía el perfil de sus miembros. Tenía, como hemos dicho, el poder efímero de modelar la membresía en determinado grupo social.

No son pocos los filósofos que han comprendido así su contribución a la historia del pensamiento. Se miran como torneros responsables de delimitar las fronteras del ejercicio mental, para definir las condiciones que permiten a un sistema conceptual ingresar al uni-